

CAPÍTULO 9

Un día Nikolái, siempre puntual, volvió del trabajo mucho más tarde que de costumbre y, sin quitarse el abrigo, frotándose excitado las manos, dijo con precipitación:

—¿No sabe usted, Nílovna?, hoy se ha escapado de la cárcel uno de nuestros camaradas. Pero, ¿quién será? No he conseguido saberlo.

Le flaquearon las piernas a la madre; invadida por la emoción, se sentó en una silla y preguntó en un susurro:

—¿Puede ser Pável?

—Puede ser... —respondió Nikolái, encogiéndose de hombros—. Pero, ¿cómo ayudarlo a esconderse, dónde dar con él? Vengo de pasear por las calles a ver si lo veía. Es una estupidez, pero hay que hacer algo. Voy a volver a salir.

—Yo también —dijo la madre.

—Vaya a casa de Egor a ver si hay noticias —propuso Nikolái, y desapareció rápidamente.

Ella se echó un pañuelo a la cabeza, y llena de esperanza salió a la calle en pos de él. Se le nublaban los ojos y el corazón le latía con violencia, obligándola casi a correr. Iba al encuentro de lo posible, con la cabeza baja, sin ver nada a su alrededor.

—Llegaré y estará allí... —esta esperanza intermitente la empujaba.

Hacía calor... caminaba jadeante de fatiga; cuando llegó a la escalera de la casa de Egor, se detuvo sin fuerzas para seguir adelante, volvió la cabeza y, lanzando un sofocado grito de asombro, cerró los ojos por un instante: le había parecido que a la puerta estaba parado Nikolái Vesovchikov, con las manos metidas en los bolsillos. Pero cuando volvió a mirar, no había nadie...

—Lo he soñado —se dijo, y subió la escalera tendiendo el oído.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Abajo, en el patio, se oyó el ruido sordo de unos pasos lentos. Se detuvo en el rellano, se inclinó, miró hacia abajo y de nuevo vio la cara picada de viruelas, que le sonreía.

—Nicolái, Nicolái —dijo bajando a su encuentro, pero el corazón se le oprimía desilusionado.

—No, sube, sube —dijo él a media voz, con un gesto de la mano.

Subió corriendo por la escalera, entró en la habitación de Egor y, al verle tumbado en el diván, susurró jadeando:

—Nicolái se ha escapado... de la cárcel...

—¿Cuál? — preguntó Egor con voz ronca, levantando la cabeza de la almohada —. Había dos Nicolái.

—Vesovchikov... Viene para aquí.

—¡Magnífico!

Vesovschikov ya estaba dentro de la habitación; echó el cerrojo a la puerta, se quitó la gorra y sonrió dulcemente, atusándose el pelo. Egor, apoyándose en los codos, se incorporó en el diván y exclamó moviendo la cabeza:

—Bienvenido.

Con amplia sonrisa, Vesovchikov se acercó a la madre y le tomó la mano.

— De no haberte visto, ¡habría tenido que volverme a la cárcel! No conozco a nadie en la ciudad, y, de haber ido al arrabal, me habrían pescado en el acto. Mientras iba andando, me decía: ¡Imbécil! ¿Por qué te has escapado? Y de pronto veo a Nílovna que corre. La seguí...

—¿Cómo has hecho para huir? —preguntó la madre.

El se sentó torpemente en el borde del diván y dijo, encogiéndose de hombros, con aire confuso:

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡Se presentó la ocasión! Estaba paseando por el patio, cuando los presos comunes empezaron a pegar al carcelero... Un antiguo gendarme expulsado por robo; espía, delata, ¡no deja vivir a nadie! Le pegaban, se armó jaleo, los celadores se asustaron, corrían, tocaban los pitos... Me fijo y veo que las puertas están abiertas; veo una plaza, la ciudad... Y salí sin apresurarme... como en sueños. Me alejé un poco, y, al volver en mí, pensé: ¿Hacia dónde ir? Miro, y las puertas de la cárcel ya estaban cerradas...

—Bien... —dijo Egor—. Pues usted, señor mío, debió volverse, llamar cortésmente a la puerta y pedir que le admitieran, diciendo: perdón, soy un poco distraído...

—Sí —dijo Vesovchikov sonriendo—, esto es una tontería. Pero a pesar de todo, no me he portado bien con los camaradas; me fui sin decir palabra a nadie... Voy andando por la calle y veo un entierro de un niño. Eché a andar detrás del ataúd, con la cabeza baja, sin mirar a nadie. Me estuve sentado en el cementerio un rato, el aire me refrescó la cabeza y se me ocurrió una idea...

—¿Sólo una? —preguntó Egor, y añadió con un suspiro—. Se encontraría a sus anchas ...

Vesovchikov se echó a reír sin ofenderse.

— Bueno, ahora no tengo la cabeza tan vacía como antes. Y tú, Egor Ivánovich, ¿sigues enfermo...?

—Cada cual hace do que puede —respondió Egor con una tos bronca —. ¡Continúa!

— Después, me fui al museo del zemstvo. Allí estuve paseando y mirando; no hacía más que pensar: ¿Adónde voy a ir ahora? Hasta estaba furioso contra mí mismo. ¡Y sentía un hambre tremenda! Volví a salir a la calle y estuve deambulando, lleno de rabia... Veía que los policías escudriñaban a todo el mundo. Pensaba: Bueno, con esta cara que tengo, ¡no hay quien me salve del juicio final! Y de repente, Nílovna, que viene corriendo hacia mí: yo me eché a un lado y seguí tras ella. ¡Y eso es todo!

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡Y yo que ni siquiera te había visto! —dijo da madre con aire contrito. Miraba a Vesovchikov y le parecía que se había vuelto menos torpe.

—De seguro que los camaradas se inquietarán... —dijo Nikolái, rascándose la cabeza.

— Y de los jefes, ¿no te da lástima? ¡También estarán inquietos! —observó Egor. Abrió da boca y se puso a mover dos labios como si masticase el aire—. Pero ¡basta de bromas! Hay que esconderte, lo cual no es fácil, aunque sí grato. Si yo pudiera levantarme ...

Le dio un ahogo, se llevó las manos al pecho y comenzó a friccionárselo.

—Estás muy enfermo, Egor Ivánovich —dijo Nikolái, bajando da cabeza.

La madre suspiró y paseó una inquieta mirada por la pequeña y estrecha habitación.

—Eso es asunto mío —respondió Egor—. Usted, madrecita, pregúntele por Pável, ¡no hay por qué andarse con disimulos!

Vesovchikov sonrió, abriendo la boca de oreja a oreja.

—Pável, bien. Está en buena salud. Es un poco el jefe de todos. Discute con la dirección y, en general, es quien manda. Se lo respeta.

Vlásova movía la cabeza, escuchando el relato de Vesovschikov, y miraba de reojo al rostro tumefacto y cárdeno de Egor. Inmóvil, sin expresión, parecía extrañamente achatado; sólo los ojos, alegres y vivos, brillaban en él.

—Si me dieras de comer... ¡Tengo un hambre terrible! —exclamó súbitamente Nikolái.

— Madrecita, en la alacena hay pan; después vaya por el pasillo y, en la segunda puerta, a la izquierda, llame. Le abrirá una mujer; dígale que venga y que traiga consigo todo lo que tenga de comestible.

—¿Por qué todo? —preguntó Nikolái.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—No te hagas mala sangre, que no será gran cosa.

La madre salió, llamó a la puerta indicada y tendió el oído, la habitación estaba en silencio; pensó en Egor con tristeza:

«Está muriéndose.»

—¿Quién es? —preguntaron.

—De parte de Egor Ivánovich —respondió a media voz la madre—. Le ruega que vaya a su cuarto.

—En seguida —contestaron sin abrir.

La madre esperó un poco y volvió a llamar. Entonces la puerta se abrió bruscamente y salió al pasillo una mujer alta, con gafas. Estirándose apresuradamente la arrugada manga de la blusa, preguntó a la madre con aspereza:

—¿Qué quiere?

—Vengo de parte de Egor Ivánovich...

—Ah... Vamos. ¡Oh, pero yo la conozco! —exclamó la mujer—. Buenas tardes... Esto está muy oscuro.

Vlásova la miró e hizo memoria de que algunas veces, de tarde en tarde, iba por casa de Nikolái.

«Siempre los nuestros» pensó.

Cediéndole el paso, la mujer obligó a la madre a ir delante y le preguntó:

—¿Está peor?

—Sí, está acostado... Le ruega que lleve algo de comer.

— Bueno, eso está de más.

Cuando entraron en el cuarto de Egor, éste dijo entre estertores:

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

— Me voy con mis antepasados, amiga mía. Liudmila Vasílievna, este hombre se ha ido de la cárcel sin permiso de la autoridad, ¡el muy impertinente! Ante todo, déle algo de comer, y luego, escóndale en alguna parte.

Liudmila asintió con la cabeza y, examinando atentamente el rostro del enfermo, dijo con severidad:

— Egor, debería haber mandado a buscarme en cuanto llegó gente. Y ya veo que, por dos veces, ha dejado usted de tomar la medicina. ¡Qué descuido es éste! Camarada, ¡venga usted conmigo! Ahora van a venir inmediatamente a recoger a Egor para llevarlo al hospital.

— A pesar de todo, ¿tengo que ir? —preguntó Egor.

—Sí, y yo iré con usted.

—¿También allí? ¡Dios mío...!

—No se haga el tonto.

Mientras hablaba, la joven había arreglado la manta sobre el pecho de Egor, observado a Nikolái, y medido con la vista la medicina que contenía el frasco.

Hablaba con voz monótona y apagada, sus movimientos eran leves, tenía el rostro pálido y sus oscuras cejas casi se juntaban en el arranque de la nariz. Aquella fisonomía desagradaba a la madre; le parecía altanera, y sus ojos miraban sin brillo y sin sonrisa. Hablaba como si estuviera dando órdenes.

—¡Nosotros nos vamos! —continuó—. Volveré en seguida; Usted déle a Egor una cucharada de esta medicina. No le permita que hable...

Y salió, llevándose a Vesovchikov.

—Una mujer maravillosa —dijo Egor suspirando—. ¡Magnífica...! Usted, madrecita, debería instalarse en su casa; ella está muy cansada...

—No hables. Toma, bébete esto... —dijo dulcemente la madre.

Él sorbió la medicina y, entornando un ojo, continuó:

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Por más que me calle, moriré lo mismo...

Con el otro ojo miraba a la madre a la cara y sus labios se entreabrían lentamente en una sonrisa. La madre bajó la cabeza ... un sentimiento agudo de piedad hacía que se le saltaran las lágrimas.

—No pasa nada, es natural. El placer de vivir lleva consigo la obligación de morir ...

La madre puso una mano sobre su cabeza y dijo nuevamente en voz baja:

— Cállate, ¿quieres?

El cerró ambos ojos como para escuchar mejor el estertor de su pecho, y continuó tercamente:

—¡Es absurdo que me calle, madrecita! ¿Qué salgo ganando con ello? Unos segundos más de agonía; en cambio, me pierdo el placer de hablar con una buena persona. Yo creo que en el otro mundo no hay tan buenas personas como en éste...

La madre lo interrumpió con inquietud:

—La señora va a venir y me reñirá porque hablas.

—No es una «señora», sino una revolucionaria, una camarada, un alma admirable. En cuanto a reñirle, seguramente lo hará. Riñe siempre a todo el mundo...

Y lentamente, moviendo los labios con esfuerzo, Egor empezó a contar la historia de la vida de su vecina. Sus ojos sonreían; la madre veía que la impacientaba adrede, y mirándole a la cara, azulada, cubierta de sudor, pensaba alarmada:

«Va a morir...»

Liudmila volvió. Cerró cuidadosamente la puerta detrás de sí y se dirigió a Pelagueia:

— Es imprescindible que su conocido se disfrace y se marche cuanto antes de mi casa; así es que usted, Pelagueia Nílovna, vaya ahora mismo a conseguirle un traje

y tráigaselo. Lástima que no esté aquí Sofía, porque esto de esconder gente es su especialidad.

—Llega mañana —dijo la madre, echando un chal sobre sus hombros.

Siempre que le daban algún encargo, le entraba un fuerte deseo de cumplirlo deprisa y bien, y ya no podía pensar en nada más que en su tarea. Bajando las cejas, preguntó diligente:

—Piense usted cómo vamos a disfrazarlo.

—No tiene importancia, saldrá de noche.

— De noche es peor, hay menos gente por la calle; se fijan más, y él no es muy hábil...

Egor soltó una risa ronca.

La madre preguntó:

—¿Se te podrá ir a ver al hospital?

Él, tosiendo, asintió con la cabeza. Liudmila miró a la madre a la cara con sus negros ojos y le propuso:

—¿Quiere que nos turnemos para velarlo? ¿Sí? Bien. Pues ahora, dése prisa.

Y tomando del brazo a la madre, con gesto afectuoso pero autoritario, la hizo salir y le dijo en voz muy baja, ya en la puerta:

—No se ofenda porque la despida. Pero hablar le hace daño. Y tengo la esperanza...

Juntó las manos, chasqueando los dedos; sus pesados párpados se cerraron sobre los ojos.

Esta explicación turbó a la madre, que murmuró:

—Qué está diciendo...

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Tenga cuidado con los espías —recomendó Liudmila.

Llevándose las manos a la cara se frotó las sienes. Sus labios temblaban, y su expresión se dulcificó.

—Ya sé —respondió la madre, no sin cierto orgullo.

Al llegar a la puerta, se detuvo un instante, se arregló el pañuelo y echó en derredor una mirada, disimuladamente, pero con sagacidad.

Sabía distinguir, casi sin equivocarse, a los agentes de la policía entre la multitud de la calle. Le era bien conocida la acentuada despreocupación con que caminaban, la afectada soltura de sus ademanes, la expresión de cansancio y fastidio reflejada en sus rostros, el tímido centelleo, confuso y mal disimulado, de sus ojos huidizos y desagradablemente penetrantes.

Aquella vez no distinguió sus caras conocidas y, sin apresurarse, echó a andar por la calle; después tomó un coche y dijo al cochero que la llevara al mercado. Al comprar el traje para Nikolái, regateó sin piedad con el comerciante, mientras cubría de improperios al borracho de su marido, a quien tenía que vestir de nuevo cada mes. Aquel cuento hizo poca impresión en los vendedores, pero a ella la satisfizo en extremo; por el camino había ido pensando que, desde luego, la policía tendría que caer en la cuenta de la necesidad de un disfraz para Nikolái y que mandaría sus agentes al mercado. Con las mismas ingenuas precauciones, volvió a casa de Egor; después, tuvo que acompañar a Nikolái al otro extremo de la ciudad. Iba cada uno por un lado de la calle, y a la madre le resultaba divertido y agradable ver cómo Vesovchikov caminaba pesadamente, la cabeza gacha, enredándosele las piernas en los largos faldones del rojizo abrigo y poniéndose bien el sombrero, que se le calaba hasta la nariz. En una de las calles desiertas, les salió al encuentro Sáshenka, y la madre, luego de despedirse de Vesovchikov con una inclinación de cabeza, se volvió a casa.

« Pero Pável sigue preso... Y Andriusha...», pensaba con tristeza.

CAPÍTULO 10

Nikolái Ivánovich la acogió con una exclamación de inquietud:

—Sabe, Egor está muy mal, muy mal. Lo han llevado al hospital. Ha venido Liudmila, que le ruega que vaya allí...

—¿Al hospital?

Después de ajustarse las gafas con un movimiento nervioso, Nikolái le ayudó a ponerse la chaqueta y, estrechándole la mano entre la suya, tibia y seca, le dijo con voz trémula:

—Sí, llévese este paquete. ¿Han escondido a Vesovchikov?

—Sí, todo va bien.

—Yo iré también a ver a Egor.

La madre estaba tan cansada que la cabeza le daba vueltas, y el humor inquieto de Nikolái le hacía presentir una desgracia.

«Está muriéndose...» Este sombrío pensamiento le golpeaba el cerebro.

Pero cuando llegó a la sala, pequeña, clara y limpia, del hospital y oyó la risa ronca de Egor, que estaba sentado en el lecho, entre blancas almohadas, se tranquilizó de pronto. Sonriente, se detuvo en el umbral y oyó que el enfermo le decía al doctor:

—Un tratamiento es una reforma.

—No te hagas el gracioso, Egor —dijo el médico con voz chillona e inquieta.

—Y como yo soy un revolucionario, detesto las reformas.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Con precaución, bajó el médico la mano de Egor y se la dejó sobre la rodilla, luego se levantó y, tirándose de la barba, pensativo, empezó a palpar las tumefacciones en la cara del enfermo.

La madre conocía bien al doctor; era uno de los camaradas más íntimos de Nikolái y se llamaba Iván Danílovich. Se acercó a Egor; éste, en cuanto la vio, le sacó la lengua. El médico volvió la cabeza.

—Ah, Nilovna... Buenos días. ¿Qué trae en la mano?

—Libros, seguramente.

—No debe leer —observó el médico.

—Quiere hacer de mí un imbécil —se lamentó Egor.

Unos suspiros breves y penosos, acompañados de un estertor profundo, escapaban de su pecho; finas gotas de sudor le perlaban el rostro; levantando despacio las manos, pesadas e indóciles, se enjugaba la frente. La extraña inmovilidad de sus mejillas hinchadas le deformaba la cara bondadosa y ancha, cuyas facciones habían desaparecido bajo una máscara cadavérica; sólo los ojos, profundamente hundidos entre las tumefacciones, miraban claros, sonreían condescendientes...

—Eh, hombre de ciencia... Estoy cansado, ¿puedo acostarme? —preguntó.

—Imposible —respondió concisamente el doctor.

—Pues me acostaré en cuanto te marches.

— Usted, Nilovna, ¡no se lo consienta! Arrégglele las almohadas y, por favor, no hable con él; eso le hace daño.

La madre asintió con una inclinación. El doctor salió, con cortos y apresurados pasos. Egor dejó caer hacia atrás la cabeza, cerró los ojos y quedó inmóvil; sólo sus dedos se estremecían suavemente. De las blancas paredes de la sala irradiaba un frío seco y una turbia pesadumbre. A través del ancho ventanal se veían las rizadas copas de los tilos; entre el follaje, polvoriento y sombrío, brillaban con claros fulgores unas manchas amarillas, frías primicias del naciente otoño.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—La muerte se me acerca lentamente, de mala gana... —dijo Egor, sin moverse ni abrir los ojos—. Se ve que le doy pena, que yo era un buen muchacho...

—¡No deberías hablar, Egor! —suplicó la madre, acariciándole dulcemente la mano.

— Espera, ya me voy a callar.

Jadeando, continuó articulando las palabras con esfuerzo, y entrecortándolas con largas pausas.

—Es perfecto que esté usted con nosotros, es tan bueno mirar su rostro... ¿Cómo acabará ella?, me pregunto, cuando la veo. Es triste pensar que le espera la prisión y toda clase de abominaciones..., a usted como a los demás. ¿No tiene miedo de la cárcel?

—No —respondió ella sencillamente.

—Desde luego. Y, sin embargo, la cárcel es horrible, es la que me ha destruido. Hablando con franqueza, yo no quiero morirme ...

«Y quizás no mueras aún...» —intentó decirle ella, pero tras una mirada a aquel rostro, guardó silencio.

—Hubiera podido trabajar todavía... Pero si ya no puedo, ¿para que vivir? Es estúpido.

« Es justo, ¡pero no consuela! » Las palabras de Andrés le vinieron involuntariamente a la memoria, y suspiró con tristeza. Estaba muy cansada de aquel día, y tenía hambre. El ronco y blando estertor del enfermo llenaba el cuarto, se deslizaba impotente sobre las paredes lisas. Tras la ventana, las copas de los tilos semejabán bajos nubarrones, que impresionaban por su triste negrura. Todo se inmovilizaba de un modo extraño, con sombría quietud, en desalentada espera de la noche.

—¡Qué mal me siento! —dijo Egor. Cerró los ojos, y calló.

—Duerme —aconsejó la madre—. Quizá te sientas mejor.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Después prestó oídos a la respiración del enfermo y miró en derredor; permaneció sentada unos minutos, inmóvil, invadida por una tristeza glacial, y se quedó traspuesta.

La despertó un sigiloso ruido junto a la puerta y, estremeciéndose, vio que Egor tenía los ojos abiertos.

—Perdóname, me quedé dormida —dijo en voz baja.

—Perdóname tú también —respondió él muy dulcemente.

Las sombras del crepúsculo acechaban por la ventana. Un frío turbio oprimía los ojos, todo se había empañado de un modo extraño y el rostro del enfermo se había vuelto oscuro. Se oyó un leve roce y luego la voz de Liudmila:

—¿Qué hacen ahí cuchicheando sentados en la oscuridad? ¿Dónde está el interruptor?

De pronto, la sala se inundó de una luz blanca y desagradable. En medio, se encontraba Liudmila, toda negra, alta, derecha ...

Egor se estremeció intensamente y se llevó una mano al pecho.

—¿Qué pasa? —gritó Liudmila, corriendo hacia él.

El enfermo miraba a la madre con ojos fijos que parecían enormemente grandes y brillantes. Abriendo mucho la boca, levantó la cabeza y tendió un brazo hacia adelante. La madre le tomó la mano con cuidado y lo miró, conteniendo la respiración. Él, con un movimiento convulsivo y vigoroso, echó la cabeza atrás y dijo en voz alta:

—¡No puedo más..., se acabó!

Un leve temblor agitó su cuerpo, la cabeza cayó sin fuerza sobre un hombro, y en los ojos, muy abiertos, se reflejó, mortecina, la fría luz de la lámpara encendida sobre el lecho.

—Pequeño, querido Egor... —murmuró la madre.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Liudmila se separó lentamente del lecho, se detuvo ante la ventana y, mirando a lo lejos, dijo con una voz extraña y sonora, desconocida para la madre:

—Ha muerto...

Se inclinó, apoyó los codos en el alféizar de la ventana y de pronto, como si hubiese recibido un mazazo, cayó de rodillas, sin fuerzas; se cubrió el rostro con las manos y exhaló un sordo gemido.

La madre cruzó sobre el pecho los pesados brazos de Egor y acomodó en la almohada aquella cabeza que ahora parecía de plomo. Luego, enjugándose las lágrimas, se acercó a Liudmila, se inclinó sobre ella y acarició dulcemente la espesa cabellera. Lentamente, la joven volvió hacia la madre sus ojos sin brillo y enfermizamente dilatados, se levantó y murmuró con labios temblorosos.

—Habíamos estado juntos en el destierro, hemos vivido juntos, estuvimos en las mismas cárceles... A veces, era insoportable, horrible, muchos perdían el valor...

Un seco sollozo le apretó la garganta. Se dominó con un esfuerzo y, acercando a la madre su rostro, dulcificado por una expresión de ternura y dolor que la rejuvenecía, continuó en un susurro rápido, entre sollozos sin llanto.

— Pero él estaba siempre alegre, bromeaba, reía, ocultando valientemente su padecimiento... Trataba de reanimar a los débiles. Era tan bueno, tan sensible, tan cariñoso... Allá, en Siberia, la inactividad corrompe a la gente y con frecuencia hace salir a la luz los malos instintos... ¡Cómo sabía él luchar contra ellos...! ¡Qué gran camarada era, si usted supiese...! Su vida privada fue dura, dolorosa, pero nadie le oyó jamás una queja... ¡nadie, jamás! Yo fui íntima amiga suya, debo mucho a su corazón; él me dio cuanto podía de su inteligencia, y, estando solo, cansado, nunca me pidió a cambio caricias, ni solicitud ...

Se acercó a Egor, se inclinó y le besó la mano.

—¡Camarada, querido mío, amado camarada! —dijo con voz baja y desolada—, te doy las gracias con todo mi corazón, ¡adiós! Trabajaré como trabajaste tú, incansablemente, sin titubear, ¡toda la vida...! ¡Adiós!

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Ahogada por los sollozos que la sacudían, posó la cabeza en el lecho, a los pies de Egor. La madre, en silencio, lloraba abundantes lágrimas. Trataba de retenerlas sin saber por qué. Hubiera querido ser cariñosa hacia Liudmila, testimoniarle un afecto particular y profundo, hablarle de Egor con buenas palabras de ternura y aflicción. A través de sus lágrimas veía el hinchado rostro del muerto, sus ojos que parecían dormir bajo los párpados cerrados, sus labios lívidos fijos en una ligera sonrisa. Todo estaba en silencio, bajo la hiriente claridad de la lámpara.

Entró Iván Danílovich, con pasos cortos y apresurados, como siempre; se paró bruscamente en medio de la sala, con rápido movimiento se metió las manos en los bolsillos y preguntó nervioso, en voz alta:

—¿Hace mucho...?

Nadie le contestó. Vacilando suavemente sobre las piernas y enjugándose la frente, se acercó a Egor, le apretó la mano y se apartó a un lado.

— No es extraño; teniendo el corazón como lo tenía, esto debió haber ocurrido hace seis meses... por lo menos.

Su voz aguda, que resonaba extemporánea, con forzada tranquilidad, se quebró de pronto. Apoyada la espalda contra la pared, se retorció la barba con dedos nerviosos, y parpadeando con frecuencia, miraba al grupo que formaban las dos mujeres junto a la cama.

—¡Otro más! —dijo dulcemente.

Liudmila se levantó para abrir la ventana. Un momento después los tres se encontraban ante ella, muy apretados unos contra otros, mirando al rostro sombrío de la noche otoñal. Sobre las negras copas de los árboles centelleaban las estrellas, profundizando infinitamente la lejanía del cielo.

Liudmila tomó del brazo a la madre y se apoyó silenciosa en su hombro. El doctor, gacha la cabeza, limpiaba las lentes con el pañuelo.

Fuera, en la calma de la noche, alentaban fatigados los vespertinos ruidos de la ciudad. El aire frío daba en los rostros y agitaba los cabellos. Liudmila se estremecía, las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Por el pasillo del hospital se

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

agitaban sofocados y medrosos sonidos, un precipitado rumor de pasos, gemidos, susurros de tristeza.

Los tres, inmóviles junto a la ventana, miraban a las tinieblas, en silencio.

La madre sintió que estaba de más allí, y después de haber liberado dulcemente su brazo, se dirigió hacia la puerta inclinándose ante Egor.

—¿Se marcha? —preguntó el doctor en voz baja, sin mirarla.

—Sí...

En la calle pensó en Liudmila y recordó sus lágrimas avaras.

—Ni siquiera sabe llorar...

Las últimas palabras que Egor había dicho la hicieron suspirar.

Caminando despacio por la calle, recordaba sus ojos vivos, sus bromas, sus relatos sobre la vida.

A las personas buenas les es difícil vivir y fácil morir. Y yo, ¿cómo moriré yo?

Luego se imaginó a Liudmila y al doctor junto a la ventana en la sala blanca, demasiado clara; detrás de ellos, los ojos sin vida de Egor, y llena de un sentimiento de compasión hacia la gente, suspiró con pena y apretó el paso, impulsada por un confuso sentimiento.

«Tengo que darme prisa» —pensó, obedeciendo a una fuerza interior mezclada de tristeza y de valentía.

CAPÍTULO 11

La madre pasó todo el día siguiente haciendo gestiones para organizar el entierro de Egor; y por la tarde, cuando estaba tomando el té con Nikolái y Sofía, se presentó Sáshenka, extrañamente bulliciosa y animada. Tenía las mejillas rojas y los ojos chispeantes de alegría, y toda ella, según creyó ver la madre, parecía henchida de alguna esperanza jubilosa. Aquel estado de ánimo de la muchacha hizo irrupción, brusca y tumultuosa, en la melancólica corriente de recuerdos sobre el que había muerto, y sin mezclarse con ella, turbó a todos y les cegó como un fuego que inesperadamente se hubiera encendido en las tinieblas. Nikolái, tamborileando pensativo en la mesa, dijo:

—Viene transformada hoy, Sáshenka.

—¿De veras? ¡Puede ser! —respondió ella con una alegre carcajada.

La madre la miró con mucho reproche. Sofía observó en tono significativo:

—Hablábamos de Egor.

—¡Qué hombre tan admirable!, ¿no es cierto? —exclamó Sáshenka—. Jamás lo he visto sin una sonrisa y una broma en los labios. ¡Y cómo trabajaba! Era un artista de la revolución, poseía la teoría revolucionaria como un maestro. Con qué sencillez y fuerza sabía pintar el cuadro de la mentira, de la opresión, de la injusticia...

Hablaba a media voz, con una sonrisa soñadora en los ojos que no apagaba la jubilosa llama que todos veían, pero que ninguno comprendía. Hundidos en el luto que los afligía, rehusaban abandonarse a la alegría que Sáshenka aportaba, inconscientemente defendían el amargo derecho de alimentar su dolor, e intentaban involuntariamente hacer compartir a la muchacha su triste estado de ánimo.

—Y ahora está muerto —insistió Sofía, mirando atentamente a Sáshenka.

Sáshenka paseó sobre todos una mirada rápida, interrogadora; sus cejas se fruncieron. Bajó la cabeza y guardó silencio, arreglándose los cabellos con lento ademán.

—¡Está muerto! —repitió en alta voz, tras un instante, y de nuevo su mirada provocadora recorrió a los asistentes—. ¿Qué significa «está muerto»? ¿Qué es lo que está muerto? ¿Acaso ha muerto mi respeto por Egor, mi cariño al camarada, el recuerdo de la obra de su pensamiento? ¿Acaso ha muerto esta obra, han desaparecido los sentimientos que él despertó en mi corazón, se ha deshecho la idea que yo tenía de él, como hombre valeroso y honrado? ¿Acaso ha muerto todo esto? Esto para mí no morirá nunca, lo sé. Me parece que nos apresuramos demasiado a decir que un hombre está muerto. ¡Muertos están sus labios, pero sus palabras vivirán eternamente en el corazón de los vivos!

Conmovida, volvió a sentarse a la mesa, se acodó sobre ella y, pensativa, mirando sonriente a los camaradas con ojos empañados, prosiguió:

—Quizá digo tonterías..., pero, camaradas, yo creo en la inmortalidad de las gentes de bien, de aquéllos que me han concedido el vivir mi magnífica vida, esta vida que me trae la alegría, me deslumbra por su admirable complejidad, por la diversidad de sus manifestaciones y por el progreso de las ideas que amo. Tal vez somos demasiado avaros de nuestros sentimientos, vivimos demasiado para el pensamiento y esto nos deforma un poco, haciéndonos razonar en vez de sentir.

—Algo bueno le ha ocurrido —exclamó Sofía, riendo.

—¡Sí! —dijo Sáshenka, asintiendo con la cabeza—. Algo muy feliz, ¡ya lo creo! He estado toda la noche hablando con Vesovchikov. Antes, no me gustaba, me parecía grosero, brutal. Y lo era, desde luego. Había en él una irritación constante y sombría contra todo el mundo, tenía siempre un modo exasperante de colocarse en el centro de todo y decir agriamente: «yo, yo, yo...». Un irritante sentimiento de pequeño burgués.

Sonrió y volvió a pasear en torno suyo su mirada resplandeciente.

—Ahora habla de «sus camaradas». Y hay que oír cómo lo dice, con una especie de emoción, de afectuosa dulzura, que no puede expresarse con palabras. Se ha vuelto admirablemente sencillo y sincero y lleno del deseo de hacer un buen

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

trabajo. Se ha encontrado a sí mismo, conoce su fuerza y sabe lo que le falta, y, sobre todo, el auténtico sentido de la camaradería ha nacido en él.

Vlásova escuchaba a Sáshenka; le era agradable ver a la joven, habitualmente tan austera, dulcificada por la alegría. Pero al mismo tiempo, una idea de celos nacía en el trasfondo de su alma: Pero, ¿y Pasha...?

—Solamente se preocupa de sus camaradas —continuó Sáshenka— y, ¿saben de lo que me está persuadiendo? De la necesidad de organizarles la fuga. Dice que es muy sencillo...

Sofía alzó la cabeza y dijo animadamente:

—¿Y usted qué piensa, Sáshenka? A usted toca reflexionar.

La taza de té que sostenía la madre se puso a temblar.

Sáshenka frunció las cejas y, conteniendo su excitación, permaneció callada un instante; luego, en tono serio, pero sonriendo alegremente, prosiguió con voz confusa:

—Si efectivamente es como él dice..., debemos intentarlo, es nuestro deber.

Enrojeció y guardó silencio.

«Querida mía, querida...», pensó la madre sonriendo.

Sofía también sonrió, y Nikolái, mirando dulcemente a la cara de Sáshenka, dejó escapar una leve risita. La muchacha alzó la cabeza, lanzó una mirada severa a todos y, pálida, chispeantes los ojos, dijo con sequedad, ofendida:

—Se ríen ustedes, ya los comprendo... ¿Green que estoy personalmente interesada?

—¿Por qué, Sáshenka? —preguntó maliciosamente Sofía, que, levantándose, se acercó a ella.

La madre juzgó la pregunta fuera de tono y humillante para Sáshenka. Suspiró y miró a Sofía con aire de reproche.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Pero... ¡me niego! —gritó Sáshenka—, me niego a tomar parte en la discusión de este proyecto, si ustedes lo examinan...

—Vamos, basta, Sáshenka —dijo tranquilamente Nikolái.

La madre se acercó también a ella, e inclinándose, le acarició suavemente la cabeza. Sáshenka le tomó la mano y alzando su cara enrojecida, miró confusa a la madre. Está sonrió y, sin encontrar palabras, suspiró tristemente. Sofía se sentó junto a Sáshenka, en la silla, la abrazó por los hombros y, mirándola a los ojos, con una sonrisa de curiosidad, le dijo:

—Qué rara es usted...

—Sí, creo que estoy diciendo tonterías.

—Cómo ha podido pensar... —continuó Sofía. Pero Nikolái la interrumpió, diciendo en tono grave y práctico:

—Si la evasión es posible, hay que organizarla, no cabe la menor duda. Ante todo, debemos saber si los camaradas presos están de acuerdo.

Sáshenka bajó la cabeza. Sofía, que encendía un cigarrillo, miró a su hermano y tiró la cerilla a un rincón.

—¡Cómo no van a estar de acuerdo! —suspiró la madre—. Sólo que yo no creo que esto pueda ser posible...

Todos guardaron silencio, pero ella quería oír hablar aún de la posibilidad de la fuga.

—Tendré que ver a Vesovchikov —dijo Sofía.

—Mañana le diré cuándo y dónde puede verlo —respondió Sáshenka.

—¿Qué va a hacer él? —preguntó Sofía, paseándose por el cuarto.

—Se ha decidido colocarlo como cajista en la nueva imprenta. Mientras tanto, se oculta en casa del guarda forestal.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Las cejas de Sáshenka se habían fruncido, su rostro había tomado su acostumbrada expresión severa y su voz resonaba con sequedad.

Nicolái se acercó a la madre, que estaba lavando las tazas, y le dijo:

—Pasado mañana irá usted a la cárcel y hará llegar a Pável una nota. Ya comprenderá usted que hay que saber ...

—¡Comprendo, comprendo!—replicó vivamente la madre—, se la haré llegar.

—Me voy —declaró Sáshenka, y tras estrechar rápida y silenciosamente la mano a todos, salió erguida y austera, con paso regularmente firme.

Sofía colocó la mano sobre el hombro de la madre y le preguntó con una sonrisa:

—¿Le gustaría tener una hija así?

—¡Oh, Señor! ¡Si pudiera verlos juntos, aunque no fuera más que un día! —exclamó Pelagueia, a punto de llorar.

—Sí..., un poquito de felicidad es bueno para todos —dijo Nicolái—. Pero nadie desea un poquito de felicidad. Y cuando ésta es mucha, pierde su valor...

Sofía se sentó al piano y comenzó a tocar un aire melancólico.